

# Apuntes sobre homosexualidades

*Antonio Pignatiello*

*Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Analista Practicante (AP)  
de la Nueva Escuela Lacaniana -NEL- Declaración, sede Caracas*

Presentamos algunos apuntes clínicos derivados de un conjunto de casos, acerca de los cuales se impone de entrada lo que no hace serie. Ello nos lleva a señalar que hay que tachar el artículo determinado singular -la- para hablar de homosexualidad. La sexualidad no es una, tampoco hay *la* homosexualidad, así como tampoco *la* heterosexualidad.

Una parte importante del conjunto indicado son hombres jóvenes, algunos todavía adolescentes, que acuden a la consulta (privada o institucional) con una afirmación: "soy gay". La misma va acompañada de la queja acerca de los inconvenientes que en su entorno personal se han producido desde que se ha hecho evidente tal "condición". En varios casos ha sido la familia quien ha hecho presión para que el joven asista a una consulta. Este "soy gay" a la entrada conlleva una demanda implícita, no inconsciente: que el Otro responda haciéndose garante, que valide el enunciado. Este modo de presentarse y de hacerse representar, tiene sustento en un imaginario colectivo relativo a los gays y al papel que las psicoterapias cumplen en estos casos. Dicho imaginario prescribe un asumirse gay, "salir del closet", acción que toma ribetes de gesto titánico e involucra que decirse gay es una auto afirmación que deja la tarea abierta de lograr la aceptación y respeto de los otros. Dentro de ese imaginario los objetivos de una terapia serían ayudar a la persona a aceptar su condición, darle herramientas para ser feliz y relacionarse positivamente con los demás, así como ayudar a la familia a aceptar la realidad de tener un pariente gay.

La perspectiva apuntada, al ser asumida por la persona que acude en busca de ayuda, no puede ser simplemente desdeñada por el psicoanalista, pero a éste le toca estar advertido del fantasma de omnipotencia que convoca, para ser más precisos, allí donde se enuncia "soy gay" está presente muchas veces la suposición de un amo.

Para el psicoanalista, el enunciado del sujeto lo representa y se inserta en una serie de significantes. ¿Cuáles son los que valen en la particularidad de un sujeto? ¿Qué del inconsciente está en juego en todo esto? Son las primeras cuestiones en las que se juega un posible trabajo analítico.

El psicoanalista no comprende, escucha "soy gay" y le devuelve al interlocutor "y eso ¿qué significa para usted?" Las respuestas que surgen son disímiles: "me gustan los hombres", "soy de ese grupo en el liceo", "estoy saliendo con una persona que es gay", "estuve leyendo en Internet acerca de los gays y llegué a la conclusión de que lo soy", "soy afeminado desde niño, eso me trae muchos problemas". La lista puede ser larga y lo que queremos destacar dentro de la variedad es que cada una de las respuestas habla de una posición subjetiva, de un modo de postular al Otro y de abordar el goce, con los que el sujeto del enunciado se encuentra en una relación de desconocimiento, aunque se presenta a sí mismo como portador de un saber revelado.

Con respecto a ese imaginario compartido que establece qué debe esperar alguien cuando acude a un especialista que sabe de asuntos sexuales, la vía del tratamiento psicoanalítico del sujeto no de la homosexualidad -constituye una subversión. En este punto, algunos deciden darse por satisfechos con dos o tres entrevistas en las que han sido escuchados con respeto, sin ser objeto de juicio, otros pueden emprender un trabajo de analizante.

La posición del psicoanalista involucra no responder a la demanda de un garante; la tarea del psicoanalista es no tener respuestas de antemano. Ella se funda en un vacío de saber que el acto del analista circunscribe, y que pone en juego la falta de significante en el Otro para designar el goce específico del sujeto, lo que puede tener como efecto que el "soy gay" quede en entredicho como la verdad del goce. La no-respuesta radical del analista, se aplica también a la demanda de corregir, que puede estar presente en estos casos. El analista subvierte la idea de un garante de la normalidad a la que habría de ajustar al sujeto, sea en la versión "heterosexual a pesar de todo" u "homosexual encaminado". Lo que debe caer aquí es un ideal de adaptación que apunta a corregir la "desviación" o a enseñar cómo vivir bien con "lo irremediable". El analista hace valer un agujero allí donde se espera un garante de la realidad, del bien o de la felicidad.

Porque de lo que se trata es de la verdad inconsciente, de una posición subjetiva en la que se sustenta y que involucra el modo en que el sujeto se las arregla con las aporías del goce, con el deseo del Otro. ¿Cuál es la verdad del deseo? Constatamos muchas veces que tras la aparente afirmación de un modo de gozar y desear, hay un escamoteo, incluso un rechazo, de las paradojas [1] del deseo. Encontramos que ciertos casos involucran un modo de elección de objeto mediada por una escisión, que supone el rechazo de un deseo problemático. En este contexto conviene evocar lo planteado por Freud acerca de los modos generales de degradación de la vida erótica y un tipo de elección de objeto en hombres. [2]

La afirmación de una condición gay recubre en realidad una variada gama de modalidades subjetivas entre las que podemos destacar la puesta en acto en la escena del Otro, la identificación imaginaria, la respuesta a un goce al que se le da el significado de homosexual, la formación sintomática (tanto en su modalidad de pareja-síntoma como en la modalidad de una ideación obsesiva).

Ser gay no es por sí sólo sinónimo de un goce y un deseo homosexual. El "soy gay" se ubica en el "pienso" cartesiano que el imaginario de la época quiere afirmar. Mientras que el deseo y el goce, en tanto involucran al inconsciente, comportan un descentramiento del sujeto respecto a ese lugar. Adicionalmente hay que tener en consideración que, así como no hay una pulsión (hetero) sexual, [3] tampoco hay una pulsión homosexual. La pulsión no comporta un saber acerca de qué sería un goce homoerótico, aunque en varios casos de hombres homosexuales encontramos una puesta en acto de una afirmación tal. Pero no siempre es así, como se pone en evidencia, por ejemplo, en lo que testimonia el poeta Armando Rojas Guardia acerca de su experiencia de una homosexualidad que confronta con la inexistencia, el agujero en el Otro. [4]

En aquellos que emprenden un trabajo analítico, la afirmación "soy gay" puede llegar a revelar que ella involucra un llamado al Otro. En algunos casos, bajo el semblante de ruptura con un ideal de sexualidad patriarcal, lo que se revela es un llamado al Otro en la modalidad de llamado a un padre que acoja en la Ley, que dé nombre, que ordene el goce. La emergencia de esta dimensión de llamado, que se hace presente en la transferencia, da cabida a la palabra en un terreno donde predomina la puesta en acto dominada por lo fálico. En el "más acá" del llamado hay un impasse del sujeto a propósito del goce, una insuficiencia de la significación fálica para vérselas con él y una solución fallida.

Según el imaginario de la "normalidad" y el de la tradición que rechaza lo "contra natura", homosexualidad implica que algo ha salido mal, algo se ha malogrado. En nuestra práctica analítica orientada por la enseñanza de Lacan, tomamos su noción de que, en el encuentro con lo sexual, el malogro no es de unos a despecho de otros: "si eso se malogra es para cada uno". Para cada sujeto el "despertar de los sueños" conlleva un intento de arreglo con el agujero que la sexualidad hace en lo real. [5] En esta operación subjetiva el malogro es el resto que concierne a todo

ser hablante. En aquellos sujetos que se vinculan homosexualmente, también está presente la cuestión de cómo arreglárselas con lo real de la sexualidad.

Varios casos nos han mostrado que los fantasmas homosexuales en los que el sujeto sostiene su posición respecto al deseo, involucran una defensa: son resultado de la operación por la cual el goce ha sido rechazado "para que pueda ser alcanzado en la escala invertida de la Ley del deseo". [6]

Una consideración aparte merecen aquellos casos donde lo "gay" ha sido empañado por un mal encuentro desencadenante de angustia. Son individuos que se presentan con una homosexualidad asumida, "egosintónica", que "salieron del closet" hace mucho tiempo, y que ven como algo superado la culpa y el miedo derivados de sus fantasías y vínculos sexuales clandestinos. En ellos se pone de manifiesto la ilusión de haber superado lo peor, de haber encontrado un arreglo armónico en su goce, pero al mismo tiempo se encuentran padeciendo el desencuentro en el que ha retornado lo real que la ilusión no logra contener. Real que se ha puesto de manifiesto en una relación de pareja o en el plano de los logros fálicos (trabajo, estudios, finanzas) con una emergencia de intensa angustia referida al Otro que se presenta abruptamente con semblantes de malignidad, abuso o crueldad. El sujeto se percibe perturbado por una existencia del Otro que quiere joderlo, valiéndose de su castración. [7]

Aparte de la dimensión histórica que puede ser considerada en estos casos, queremos resaltar aquí que estamos ante la problemática abierta por un retorno de la castración, no tanto como amenaza vinculada a la prohibición, sino la castración como operación simbólica que instituye en el sujeto la falta en ser propia y del Otro. La experiencia del análisis puede ayudar a retomar la causa del deseo, trascendiendo el maniqueísmo fálico expresado en el "soy o no soy gay".

La conmoción subjetiva presente en tales casos, concierne a la posición de agente del discurso universitario, por medio de la cual un sujeto se ha valido de un saber gay -promovido por un grupo social de semejantes- acerca de un objeto: la sexualidad homosexual. Se ha producido una inversión histerizante que ha dejado al sujeto en el revés del discurso universitario, tomado por la incertidumbre y demandando un amo que resulta impotente.

La película de Almodóvar "La mala educación" parece ilustrar la problemática recién apuntada, abordándola en la vertiente de un desencuentro de identidades que recorre el guión aquejando a todos los personajes de la trama, cada uno muy distinto del otro.

## NOTAS

[1] LACAN, J. (1985) Escritos 2. México: Siglo Veintiuno Editores. Págs. 617 y 618.

[2] FREUD, S. (1981) Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva. Págs. 1625-1630 y 1710-1717.

[3] LACAN, J. (1986). Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós. Págs. 212 y 213.

[4] ROJAS GUARDIA, A. (1985). El Dios de la intemperie. Caracas: Editorial Mandorla.

[5] LACAN, J. (1988) El despertar de la primavera. En Intervenciones y Textos 2. Buenos Aires: Manantial. Págs. 109 y 110.

[6] LACAN, J. (1985) Escritos 2. México: Siglo Veintiuno Editores. Pág. 807.

[7] LACAN, J. (1985) Escritos 2. México: Siglo Veintiuno Editores. Pág. 806.